

Es lo que soy

Veo claridad a través del pequeño ventanuco al fondo de la pequeña habitación en la que tenemos instalados un par de colchones. Es amigable y por un momento la luz me hace sentir en paz, consciente de que he conseguido resistir una noche más. Me parece mentira haber sido capaz de dormir dos horas. Siento un pinchazo en el pecho por algo parecido a la culpa, como si ese breve tiempo de descanso no fuera merecido y necesario frente a tanta gente que imagino está esperando en las camillas y por los pasillos. Recuerdo los primeros meses de este infierno, en los que me despertaba cada diez o veinte minutos, ya fuera por el ruido de las bombas que caían cercanas o por mi estado de alerta, que se anticipaba al estruendo que traería la destrucción. Ahora, al menos, mi cerebro es capaz de apagarse, quizá para escapar temporalmente del horror.

Durante unos instantes imagino que va a ser un día normal, de los que vivía en momentos de lo que se me antoja otra existencia. Poder quedarme tumbado, dejar que mi cuerpo se active poco a poco, hacer planes para un día que no podrá ser como lo imagino, porque ahora son todos iguales, terminando en una cuenta cruenta de muertos, heridos y pacientes sin ninguna posibilidad. Las cosas normales de entonces parecen pertenecer a una novela o a una película. Ver la televisión, comer pizza, celebrar cumpleaños, salir a correr, jugar al pádel. Todo eso son recuerdos felices que duelen porque de todo aquello ya no queda nada

Despertarme es también morir un poco, una muesca en la cuenta atrás del día en el que me tocará dejar de ser. Tengo la conciencia de que vienen a por nosotros y sé que es un destino ineludible. También sé que no podré escapar de todo lo que entrará por la puerta de acceso a lo que queda del hospital, todo ello envuelto en muerte, dolor, sangre, impotencia y desesperanza. Ojalá no tuviera que ser yo el encargado de lidiar con tantas decisiones como van a tener que tomarse a lo largo del día. Decisiones imposibles, desgarradoras, que son como sentencias y que nunca imaginé tener que afrontar.

Primero, no dañar. Eso me enseñaron, y me repito esa frase una y otra vez, como un mantra, a sabiendas de que ya no tiene sentido para mí. No soy yo quien daña, lo sé, pero soy el instrumento. Yo decido. Yo cargo con la culpa, con el peso que cada vez que elijo se suma al que ya encorva mi espalda. Todos los días me planteo escapar, volver con lo que queda de mi familia y esperar allí el destino que me corresponda. Pero no puedo. Dentro de mí hay algo más fuerte que el miedo y la necesidad de huir. Algo que me obliga a permanecer aquí, en este escenario fúnebre, acompañando a la gente, a los niños especialmente, cuyos gritos ya forman parte de una especie de ruido tétrico de fondo que me bombardea los oídos. Los adultos apenas lloran ya, parecen haberse quedado sin lágrimas. Sólo me miran, desde un lugar muy lejano, con la esperanza de que yo les sonría y les

inocule una esperanza que no puedo ofrecer. Hace tiempo que se me agotó la compasión, aunque mi formación y mi experiencia me ayudan a simular una conmiseración que encerré en algún lugar con una llave imaginaria. Sé que me miran con esperanza, que me necesitan. Y yo sé que no puedo escapar de mi compromiso con ellos. A veces me gustaría gritar, decirles que me siento impotente, inerte. Pero no puedo. Para ellos yo soy el que sabe, el que tiene el poder de sanar, el único lugar donde pueden refugiarse.

Ayer fueron fuertes los bombardeos, y muy próximos. Se acercan, no nos queda mucho tiempo. Se nota porque la capa de polvo de escombros y cenizas ya alfombra todo el recinto. A cada paso que damos levantamos una nube de desechos pulverizados de lo que fueron casas, oficinas o comercios que un día estuvieron llenos de vida. A veces es tanta la sangre que se empapa el polvo y lo endurece. Entonces parece que pisamos un extraño barro, que huele a metal, y pisamos sobre los restos que fueron de alguien. Porque no es sólo sangre, sino una mezcla de fragmentos, trozos de cuerpos desgarrados, pedazos de huesos y piel.

Ayer sólo quería huir, salir corriendo sin destino concreto, escapar del olor que emana de la muerte y el dolor. Sin importarme ser blanco fácil para las balas. Quizá porque si alguien me concediera ese final ejecutándome como a otros muchos quedaría eximido de continuar con la penosa tarea de gestionar quién vive y quién muere, quién sufre más y a quién se alivia. Ya nos quedan pocos medicamentos, apenas algún analgésico. Los anestésicos están contados y se reservan para casos muy seleccionados. La elección de sus destinatarios me corresponde, porque ostento sin haberlo querido el indeseado puesto de jefe de un hospital medio destrozado al que la gente sigue llegando en busca de alivio.

Pero ayer no pude salir corriendo, ni puedo hoy, ni podré mañana. Estoy ligado a este lugar y a estas decisiones. No puedo abandonar a quienes me miran desde el miedo y la angustia, colocando en mí una capacidad que ignoran que ya no tengo. Debo aparentar que sí, que haré todo lo que pueda, que no están solos, transmitirles una confianza que sé ilusoria. Yo me hundo sumergido en una agobiante soledad que me aplasta, pero ellos me tienen a mí y no puedo arrebatárselo. También sé que si abandonara este hospital sabiendo lo que dejo atrás la culpa no me dejaría ir muy lejos y me vencería, porque no podría evitar sentir que renegué de ese impulso que nace de tan dentro y que asumí desde el primer momento en el que atendí a un paciente, hace ya mucho tiempo, cuando todavía era un estudiante con tantas posibilidades por delante. Hoy sé que me atrapa y me impide escapar, pero hubo un tiempo en el que me proporcionaba una sensación agradable, me hacía sentir especial y me guiaba en el camino para dedicarme al cuidado de los demás. Es terrible que la vida haya convertido tanta ilusión y esfuerzo en un acto último de supervivencia sin sentido. También soy consciente del poco

tiempo durante el que tendré que continuar asumiendo esta responsabilidad que yo mismo me impongo. Será un día de estos cuando un artefacto derribe los restos de lo que fue un hospital, nos aplaste y nos entierre bajo los escombros, convirtiéndonos en un número para la estadística.

Estoy agotado, tengo hambre, sed, y tengo miedo, mucho miedo. Ya ni recuerdo cuándo empecé a sentir este pánico que me ha parasitado. Llevaré este escrito en mi bolsillo cada día hasta que llegue el final. A nadie puedo contarle mi temor ni mis debilidades, se supone que soy la fuerza. Todos mis miedos se quedarán en este trozo de papel que quizá se quemé o se despedace y se silencie conmigo.

Sólo pido que sea rápido. Inshallah.